

LA FRAGMENTACIÓN ESPACIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA: LA HISTORIA REGIONAL/LOCAL Y EL TEMOR A LA SÍNTESIS

*Spatial fragmentation in contemporary historiography:
Regional/local history and the fear of synthesis*

CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ
Universidad de Zaragoza

RESUMEN: Este estudio parte de un balance de la historia contemporánea que se hace hoy en España, constatando tanto su fuerte desarrollo en los últimos años, como su atraso relativo respecto de otras historiografías nacionales europeas. Como en otros países, dicho desarrollo ha conducido a una creciente parcelación e incluso fragmentación del objeto histórico, así como a una verdadera eclosión de la historiografía de carácter local y regional. Gracias a este proceso, que nos ha proporcionado un buen volumen de trabajos dotados de preocupaciones metodológicas e hipótesis muy sólidas, es posible plantear hoy un tipo de problemas que historiografías más avanzadas abordaron hace tiempo: la diversificación de objeto histórico y la ausencia de visiones globales de la sociedad y del cambio social y político, la tensión entre la compartimentación y la síntesis. Reencontrar el marco nacional resulta obligado para temas claves como la industrialización, la urbanización y la formación de clases, o la construcción de referentes políticos, ideológicos y culturales. Por otro lado, una nueva síntesis, comprensiva y explicativa, es exigible desde la propia dinámica de la profesión, y además es demandada por la sociedad, el público y el propio sistema educativo.

Palabras clave: Historiografía Española, Historia Regional, Historial Local, Historia Nacional.

ABSTRACT: This study begins with an assessment of the contemporary history that is being written today in Spain, attesting to both its great development in recent years and its relative lateness with respect to other European national historiography.

hies. As in other countries, this development has led to a growing division, and even fragmentation, of the historical object, as well as a real blossoming of local and regional historiography. Thanks to this process, which has provided us with a large volume of studies that include methodological concerns and very solid hypotheses, it is now possible to approach a type of problem that more advanced historiographers tackled some time ago: diversification of the historical object and the absence of global views of society and social and political change, the tension between compartmentalization and synthesis. It has proven to be necessary to return to a national framework for key subjects such as industrialization, urbanization and the formation of classes, and the construction of political, ideological and cultural referents. Moreover, the very dynamics of the profession call for a new synthesis that is both comprehensive and explanatory; society, the public and the educational system itself demand it.

Key words: Spanish Historiography, Regional History, Local History, National History.

La reflexión historiográfica sobre la situación, los problemas, o las perspectivas de la historia contemporánea en España, no es una práctica ajena a nuestra profesión y condición de historiadores; más bien es una costumbre que se reitera con llamativa frecuencia. En 1992 un monográfico de la revista "Historia Contemporánea" de la Universidad del País Vasco se ocupaba de la "historiografía contemporánea reciente", a la vez que la Asociación de Historia Contemporánea reunía su primer congreso en Salamanca con un programa generalista en el que, junto con el consabido repaso cronológico a las diversas etapas, se hacían las correspondientes reflexiones sectoriales sobre historia política, historia social, historia cultural...

Aún no había pasado un año y el décimo Coloquio de Historia Contemporánea, con el que Tuñón de Lara ponía fin a una larga empresa, se reunía en Cuenca para ocuparse de la "Historiografía Contemporánea en España" entre 1980 y 1992, y repasaba de nuevo la situación para los siglos XIX y XX de los estudios de demografía, de historia económica, de historia social, de historia cultural, de historia regional y les volvía a tomar el pulso a las investigaciones sobre la Restauración, la II República o el franquismo. La intención de evaluar la historiografía contemporánea de estos doce años, escondía también el propósito de comparar su reciente despliegue con el que presentara en 1980 el ya clásico libro que había sido producto de otro "X Coloquio", el que había puesto fin a la empresa que se había iniciado diez años antes en la Universidad de Pau¹.

1. La comparación entre el libro de 1980 y las actas no publicadas de 1993 es muy ilustrativa de los cambios y de la expansión de la historia contemporánea española en una década clave para la misma como es la de los años ochenta, y habrá de ser un material necesario para los futuros historiadores de la historiografía española.

Dos meses después, Santiago de Compostela era el escenario de un ambicioso Congreso sobre “La Historia a debate” en que se volvían a presentar balances sobre la historiografía española reciente, acompañados de exposiciones sobre todos los enfoques y perspectivas históricas posibles y presentes en el mercado internacional. En el mismo verano del 93, sólo unos días más tarde, la Universidad de Verano de Gandía hacía un hueco en sus actividades para analizar la situación de la historia cara “al fi de segle” y las incertidumbres del nuevo milenio. Entremedio la revista “Ayer” ha colocado en el mercado seis números monográficos que pretenden analizar lo más característico de la producción historiográfica entre 1990 y 1995 y no han faltado otras reuniones de carácter territorial o sectorial².

De modo que se podrá opinar sobre la calidad de las reflexiones que los profesionales de la historia, y notoriamente los contemporaneístas, desarrollan, sobre la carencia de hábitos pertinentes para debatir a fondo las cuestiones, se podrá valorar de modo diferente la dimensión de espectáculo ritual en la escena corporativa o el interés y eficacia reales de estas reuniones; se podrán plantear también las razones por las que estas periódicas congregaciones atienden preferentemente a los horizontes teóricos y metodológicos de otras historiografías nacionales europeas³. Pero de lo que no se puede dudar es de que pocos profesionales se reúnen con tanta frecuencia para reflexionar, hacer balances de lo hecho, descripciones de lo que se está haciendo o proyectos sobre lo que hay que hacer. Situados en esta perspectiva casi se puede detectar un cierto exceso, y hasta obsesión, entre los profesionales del gremio de historia contemporánea por replantearse o redefinir continuamente su práctica intelectual y la función social de la misma, actitud que quizá pueda explicarse a partir de una conciencia de duda, desasosiego, incertidumbre, incomodidad e insatisfacción en torno a nuestra capacidad de responder a las responsabilidades que conlleva la práctica historiográfica, o a las demandas concretas de la sociedad, del sistema educativo o de los medios de comunicación.

Así las cosas cualquier reflexión o balance es necesariamente reiterativo, puesto que las tendencias o características de la historiografía española no cam-

2. *Historia a Debate*, C. BARROS ed., 3 vols. Santiago de Compostela, 1995. Resulta algo peregrina la afirmación justificativa del prólogo en el sentido de que han pasado *bastantes años sin celebrar este tipo de congresos para el debate, juntando diversas áreas de conocimiento histórico y diversas historiografías nacionales, centrados en la renovación historiográfica*, si no se refiere a la magnitud y dimensiones propiciadas por la celebración del Año Jacobeo. A. SAN MARTÍN Ed.: *Fi de segle. Incerteses davant un nou Mil·lenni*, Valencia, 1994. No es cuestión de seguir haciendo un “balance de los balances”; uno de los últimos, pendiente de publicación, tuvo lugar en 1995 en Zaragoza, organizado por la Institución Fernando el Católico y cobijado bajo el rótulo de *La Historia en el horizonte del año 2000: compromisos y realidades*, y aún hubo una reunión posterior en la Universidad de las Palmas (1996) sobre el tema específico de la historia regional.

3. Cuando los contemporaneístas españoles se reúnen en el primer Congreso de su Asociación, en una ponencia sobre “Nuevas orientaciones de historia cultural” no aparece ni una sola cita de apoyo de autor español, y otra sobre “La renovación de la historia política” dedica sólo seis de sus cuarenta citas a autores españoles.

bían cada dos años. Si se quiere evitar el riesgo de equivocarse o el, más grave, de necesitar ser novedoso o presentarse como infalible, parece razonable comenzar eludiendo algunos peligros presentes en parte de esta cuantiosa y reciente reflexión historiográfica: no tiene sentido ser optimista por el hecho de que la historia contemporánea que se hace hoy en España se encuentre en una situación mucho más saludable, en cantidad y en calidad, cuando se la compara con el panorama de hace sólo quince años, y tampoco tiene sentido ser pesimista porque otras historiografías nacionales europeas hayan hecho las cosas antes y, consecuentemente, las estén haciendo más y mejor ahora.

Parece ingenuo insistir en la crisis actual de la historia que, o no existe o es perpetua, y algo peor que ingenuo sugerir individualmente que se está en el secreto de su solución. No resulta muy eficaz subrayar toda clase de novedades si no se las sitúa en la tradición de la que proceden y se las filtra a través del sentido común, con lo que siempre acaban perdiendo algo de la pretendida novedad. Y tampoco resulta muy convincente la autocomplacencia sectorial de una determinada especialización o perspectiva, de una “parte” que sería siempre la más adecuada para la explicación del “todo” del proceso histórico en opinión de quienes la practican, cualquier tentación “imperialista” cobijada en algún adjetivo añadido al sustantivo “historia”.

De lo que se trata, como siempre, es de describir la realidad, la realidad de que nuestra Universidad ha producido en los últimos veinte años un impresionante corpus de un tipo de historia que exige, como ninguna otra, disciplina y curiosidad intelectual, diálogo con otras ciencias humanas y con el exterior y dominio de métodos sofisticados, o la realidad de que la producción historiográfica de 1995 merezca ser caracterizada por la continuidad temática, la escasa innovación, el insistente recurso al empirismo, la ortodoxia profesional. Estas valoraciones no reflejan tanto dos puntos de vista distintos cuanto dos caras de la misma realidad⁴.

Es bastante común referirse a la percepción de una cierta conciencia de atraso historiográfico; el esfuerzo del colectivo de profesionales de la historia por reducir ese atraso comparativo obligaba, con distintos resultados, a atender varios frentes, avanzando simultáneamente en varias direcciones para reconstruir temas o aplicar

4. La primera cita de SANTOS JULIÁ: «La historia social y la historiografía española», Revista *Ayer*, nº 10, “La Historia en el 92”, Madrid, 1993, p. 46. Se refiere preferentemente el autor a la historia económica. Los siguientes entrecomillados en la introducción de UCÉLAY DA CAL al volumen 22 de la misma revista sobre “La Historia en el 95”, p. 11. El refrescante texto de DA CAL atiende al proceso de “*secundarización*” *galopante de las antaño excelsas, aunque polvorientas Universidades*; también habla de las *pretensiones y arrogancias del funcionariado español*. Con toda seguridad habrá funcionarios arrogantes y funcionarios tímidos, funcionarios con pretensiones excesivas y funcionarios cuyo problema consista en carecer de las mínimas de ellas. El problema, desde el dato de la funcionarización del profesorado, es que sea siempre el mismo y que no se renueve. Todos tenemos la experiencia de que, ya en los años 90, cada vez menos licenciados acceden a becas de formación y de especialización, lo que unido a que la creación de nuevas plazas de profesor de Universidad, especialmente en algunas universidades, comienza a ser una especie de milagro administrativo, ha de tener consecuencias a corto y medio plazo difíciles de evaluar ahora, pero que dificultarán el crecimiento y desarrollo de la historiografía española, cuyos ritmos fueron altos durante los años ochenta.

metodologías que no se habían cultivado en su momento. Esta preocupación comportaba la importación de temas, métodos, enfoques, retornos y teorías de historiografías más avanzadas, porque habían podido desarrollarse con varias décadas de antelación y porque presentaban una mayor diversificación temática y metodológica en el presente. La historiografía española sigue estando hoy mucho más dispuesta a la importación que a la exportación, y hasta se puede pensar que esa inusitada propensión a contemplarse a sí misma, a tomarse el pulso con frecuencia, se debe a la persistencia de esta conciencia de atraso y de la necesidad de reducirlo.

Para ir superando esta imagen de simples y superficiales receptores de vecinas historiografías más adelantadas hay que operar en una doble dirección: mirando hacia adentro de la historiografía española y de su pasado, reconstruyendo una tradición liberal sepultada por el franquismo para rescatar un primer tercio de siglo en el que los historiadores españoles, o algunos historiadores españoles, no estaban tan alejados de la cultura y de la investigación históricas europeas, sin ensimismarse, pero sin sepultar unas raíces (Altamira, Posada, Bernaldo de Quirós, Buylla, Pazos, Cárdenas...) sustituyéndolas gratuita y reverencialmente por otras foráneas no tan diferentes en su época; el otro camino es describir y evaluar la situación real de la historiografía contemporaneísta española a través de su notable crecimiento en los últimos quince años y de los esfuerzos de renovación que despliega desde los años ochenta, con diversos resultados, en los que se entremezcla la explicable dependencia de modelos construidos por historiografías más maduras, y la distancia con las mismas, con una práctica historiográfica propia, peculiar, suficientemente desarrollada como para que historiadores e hispanistas europeos tengan una valoración de la misma más positiva que la reflejada por las negativas autocríticas a que tan aficionados somos los historiadores españoles en nuestras abundantes jornadas de reflexión⁵.

La dificultad consiste en combinar la evidencia del fuerte desarrollo de la historiografía contemporánea española, con la impresión cierta de su atraso relativo, de sus insuficiencias o de sus inercias, pero ambas certidumbres forman parte de la misma realidad y han de ser explicadas conjuntamente. Además y por debajo siempre se podrá convenir con el venerable Padre Feijóo que en España hay de todo, historiadores buenos y malos, como en Francia⁶.

5. Algunas de estas ideas las expuse en «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, nº 7, Bilbao, 1992. El entrecorillado de P. GABRIEL: «A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», *Historia Social*, nº 22, Valencia, 1995. Han tenido cierto éxito las «metáforas hidráulicas» aplicadas a estos debates, a partir de la calificación de «desierto» que SANTOS JULIÁ había aplicado a la historiografía social española, cuya intención explica mejor su autor en *La Historia social y la historiografía española*, (1993) artº citado: *no estamos ante un desierto, pero el agua que riega nuestros campos alumbra lejos* (p. 35). J. CASANOVA se había referido al *secano español* (1991), matizando posteriormente (1993) que es cada vez menos secano: *hay terreno —y mucho— pero falta riego y una buena distribución del producto*. Tampoco faltan quienes encuentran «oasis», como A. GIRONA: *Del desert a l'oasi: els historiadors valencians*, en el libro ya citado *Fi de segle...*

6. Citado por R. GARCÍA CÁRCCEL: «La manipulación de la memoria histórica», en *La Historia a debate*, Tomo I, p. 293. Las propias vacilaciones que denotan esas «metáforas hidráulicas», aplicadas en su

La situación de la historiografía contemporánea española hoy, y su inmediato futuro, proceden de los sustanciales y positivos cambios producidos desde comienzos de los ochenta, así como del ingente trabajo desplegado y acumulado en los últimos quince años. Una caracterización general de la misma, así como algunos de sus problemas más visibles y previsibles, puede ser abordada mediante el procedimiento de aproximarse a sus marcos institucionales y a sus lugares y redes de producción. El propio crecimiento de la investigación histórica durante los años ochenta exigió la construcción de los principales troncos de la historiografía española, con una fuerte, e incluso mayoritaria, presencia contemporánea: la revista "Historia Económica" en 1983, desde una Asociación de Historia Económica que existía con anterioridad, la revista "Historia Social" en 1988, a la que siguió la correspondiente Asociación de Historia Social (1989), la Asociación de Historia Contemporánea, constituida a finales de los ochenta y que publica la revista "Ayer" desde 1991.

Estas revistas nacionales, junto con otras publicaciones territoriales, aunque de vocación general, entre las que cabría destacar "Recerques" en Cataluña, "Historia Contemporánea" en el País Vasco, la primera etapa de "Debats" en Valencia, "Studia Historica" en Salamanca... son los canales de producción y de presentación de la historiografía española. Hay que valorar el hecho de que la producción historiográfica se haya ido articulando y organizando a la vez que se desplegaba desde nuevas bases y a partir de una situación nueva. Y hay que valorar también la realidad de que, al igual que otras actividades, la investigación histórica publicada ya no dependa tanto de instituciones oficiales, académicas, CSIC, etc., cuanto de la voluntaria asociación de sus miembros y de un mercado en el que algunas de las revistas citadas no se defienden mal del todo.

Un seguimiento de estos lugares centrales de nuestra producción histórica permite constatar el auge de la historia económica —cuyos investigadores fueron los primeros en desmontar viejos paradigmas de una historia nacional llena de fracasos, excepcionalidades, culpas y desastres, y los primeros también en mostrar los positivos efectos que para la comprensión y la interpretación históricas suponen pensar y analizar en los largos plazos⁷, el surgimiento de una nueva historia social o, si se quiere, la expansión de una "historia social clásica" combinada con esfuerzos de actualización teórica y metodológica para viejos y nuevos temas, algunos intentos de renovación de la historia política, el nacimiento de las primeras investigaciones fundamentadas sobre historia de la historiografía española, una clara primacía del contemporaneísmo si se contempla globalmente la producción historiográfica, y un interés creciente por el siglo XX y por la historia reciente.

Si la década de los ochenta vive el crecimiento y desarrollo de los principales árboles de la historia —de unos principios de especialización en la organización de la investigación y del conocimiento históricos—, a esos troncos de la his-

origen a la historia social en España, serían el reflejo de la dificultad de casar esa doble realidad, la del fuerte desarrollo reciente de la historiografía con el atraso comparativo.

7. A. CARRERAS: *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990, especialmente las pp. 16-19 de la introducción.

toriografía española les comienzan a salir ramas en los años noventa, y las revistas que ahora nacen, o las asociaciones profesionales que están detrás de ellas en algunos casos, son más sectoriales y especializadas: “Noticiero de Historia Agraria” (1991), “Historia y fuente oral” (1989), “Historia Industrial” (1992), “Historia Urbana” (1992), “Taller de Historia”, concebida como plataforma de teoría y práctica de historia local, “Arenal” (1994), sobre historia de la mujer...

Por aquí viene uno de los problemas centrales e inmediatos de la historiografía española, pues tanto su crecimiento como su diversificación —la especialización estratégica de la investigación— están produciendo las condiciones para añadir dificultades y argumentos a la, ya de por sí, y por otras razones, tan temida como escasa síntesis, a las explicaciones e interpretaciones del proceso histórico y de sus ejes centrales, provisionales o revisables si se quiere, pero generales. Esta síntesis comprensiva y explicativa es exigible desde la propia dinámica de la profesión, y además es demandada por la sociedad, por el público y por el propio sistema educativo.

Es decir, que ya empezamos a estar en situación de plantearnos un tipo de problemas que historiografías más avanzadas, que han desarrollado con anterioridad su proceso de especialización, han abordado ya hace tiempo; ahora nosotros comenzamos a disponer de materiales propios y quizá ya no tenemos que recurrir a importar debates y polémicas antes de tiempo, cuyo planteamiento cobra más sentido a partir de la posibilidad de disponer de un material empírico que, en el caso de la historiografía española, ha sido acarreado en su mayor parte durante los últimos quince años. Le Goff y Nora (1974) ya se referían al desmenuzamiento actual de la historia cuando presentaban un repertorio completo de novedades temáticas y metodológicas en los volúmenes de “Faire de l’Histoire”, y cuando la historiografía española carecía de casi cualquier clase de “migajas” que llevarse a la boca. La posterior alarma de Dosse (1987) sobre “L’Histoire en miettes” todavía resultaba prematura para una historiografía como la española en la que ni las migajas eran abundantes ni volaban aves sociológicas o antropológicas dispuestas a engullirlas.

El crecimiento es signo de vitalidad, pero la sensación de la fragmentación y la compartimentación progresivas de esta expansión del universo de la historia conlleva el precio de hacer más compleja una síntesis que antes, al operar con un número mucho más reducido de variables, resultaba más accesible. El problema, en términos institucionales y organizativos, consiste en combinar el crecimiento y la subdivisión de una comunidad, la de los historiadores contemporaneístas, con la pervivencia de la propia comunidad. Se corre el riesgo de que bajo la cobertura de la necesaria especialización se produzca una nueva compartimentación, mientras se sigue predicando la apertura a otras ciencias sociales y otros ámbitos del conocimiento; la no menos predicada interdisciplinarietàad ha de comenzar por la casa propia, si se comienza a tener conciencia de que se van construyendo provincias historiográficas a modo de un archipiélago sin puentes. Nada nuevo, en definitiva, en otras historiografías, pero algo más nuevo, o más posible ya, en el caso de la española.

El repertorio de enfoques, hipótesis y puntos de partida es casi ilimitado, como los territorios históricos a labrar, desde la vida privada a la vida cotidiana o

algunas formas de historia social desde abajo —cuyos centros de atención suelen coincidir bastante por otra parte con los anteriores— hasta la historia cultural, de las mentalidades, de las relaciones de género, la historia ecológica y tantos etcéteras a los que hay que añadir los retornos de la historia política, del acontecimiento, del relato y la narración, de la biografía, del sujeto, o los múltiples nuevos objetos que se configuran como desconectados entre sí, balcanizados de alguna manera y en alguna proporción. Giovanni Levi avisaba recientemente de que la ilimitada multiplicación de puntos de vista y la renuncia a la generalización estaba provocando un *disarmo relativístico*. Otros subrayan la contradicción de que siendo el conocimiento histórico cada vez más técnico y especializado la cultura histórica pública se esté debilitando.

La situación española en este sentido no es tan alarmante como la que parodia Fontana, recordando cómo la historia de la familia se ha dividido en el mundo anglosajón en subcampos que atienden a la historia de la sexualidad y del matrimonio, de la infancia, del parto y del amamantamiento, sin olvidar los libros sobre la locura, la muerte, la pobreza, la marginación, las cárceles, las galeras, el pecado, el vestido o la comida⁸; posiblemente el ritmo de crecimiento de los historiadores españoles no sea suficiente como para caer en demasiados excesos y peligros de este tipo. Pero el problema de la fragmentación del objeto histórico y de la ausencia de visiones globales de la sociedad y del cambio social y político, la tensión entre la compartimentación y la síntesis, ya empieza a asomar entre los historiadores contemporáneos españoles. También hay elementos para detectar una reacción en el sentido de que aunque la historia se expanda, como el universo, no hay que renunciar a entender ni el universo, ni la historia, y que la multiplicación de variables y la complejidad creciente son comunes a otros territorios de la ciencia actual, sin que deban desembocar obligadamente en un escéptico apartamiento de la comprensión global de los problemas.

La diferencia consiste en que las historiografías nacionales más diversificadas, especializadas y compartimentadas atienden suficientemente al otro polo compensatorio de esta tensión, porque producen también numerosas visiones generales de todo tipo, comprobación fácil de hacer a partir de la consulta de cualquier catálogo británico, francés, alemán o italiano de libros recientes de historia contemporánea⁹, mientras que en la práctica historiográfica española actual, aunque

8. J. FONTANA: *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, pp. 82 ss.

9. No existen en la historiografía española empresas y publicaciones como los cuatro volúmenes de la *Deutsche Sozialgeschichte*, de H.U. WEHLER, Beck ed., Munich, 1987 o los tres tomos de M.L. THOMPSON: *The Cambridge Social History of Britain (1750-1950)*, Cambridge U.P., 1993, 1.500 pp. Pero tampoco síntesis de medio alcance como las que son usuales en una historiografía más próxima como la italiana: S. LANARO: *Nazione e lavoro. Saggio sulla cultura borghese in Italia 1870-1925*, Venecia 1979, 2 ed., 1990; también *L' Italia nuova. Identità e sviluppo 1861-1988*, Turín, 1988, o el libro de M. DE GIORGIO: *Le italiane dall'unità a oggi. Modelli culturali e comportamenti sociali*, Laterza, Bari, 1992. La abundancia de investigaciones locales sobre estructuras agrarias y relaciones de poder no ha producido un texto como el de E. WEBER: *Peasants into Freemen. The Modernization of rural France 1870-1914*, Stanford U.P., 1976, que ya tiene veinte años. Tampoco son frecuentes las síntesis temáticas a largo plazo, libros como los de R. HUARD: *Le suffrage universal en France (1848-1946)*, Ed. Aubier,

parece despegar, modestamente y a distancia, el polo de la fragmentación y de la especialización, a la vez escasean o parecen rehuirse, de momento, las síntesis organizadoras de materiales dispersos, con propuestas de explicación y de interpretación global. El problema historiográfico dista mucho de ser nuevo —se puede remontar a la “Revue de synthèse historique” de H. Berr (1900)— pero en la historiografía española ya se dan las condiciones para que se plantee en sus formas y manifestaciones más recientes.

Pero no es sólo la diversidad de temas, de enfoques, de técnicas, la que entorpece una reconstrucción inteligible del proceso histórico. En el caso español el rechazo de la síntesis y el temor a la generalización se deben principalmente a la ingente historiografía de carácter local o regional, a la casi ilimitada fragmentación de los marcos y determinaciones espaciales; es ésta la característica más específica de la investigación contemporaneísta a la que hay que prestar —y de hecho se le está prestando bastante— atención y reflexión. Ha sido por la historia local y por la multiplicación y reducción de la escala espacial por donde más ha crecido cuantitativamente la historiografía contemporánea española, siguiendo un camino que no ha hecho sino consolidarse en los últimos años y que sigue siendo masivamente transitado hoy mismo. Las generalizaciones sobre procesos comunes a la sociedad, la propia historia nacional, son una alternativa claramente secundaria, mientras que la extraversion hacia ámbitos exteriores es simplemente inexistente¹⁰.

La regionalización del análisis histórico, su distinto grado de reducción espacial, es la vía que lleva más intensa y acusadamente a la historiografía española hacia la fragmentación del objeto histórico. La evidencia de esta característica en la última década es abrumadora. Las revistas anteriormente citadas como lugares de presentación de la investigación contemporaneísta reciente son escasamente sospechosas de propensiones localistas. Cuando la revista “Ayer” se plantea seleccionar anualmente la producción historiográfica más significativa, desemboca necesariamente en el comentario de investigaciones regionales o locales, que acaban configurando la porción más nutrida del conjunto. La mayor parte de las publicaciones consideradas significativas en 1990 son estudios regionales o provinciales sobre la protoindustrialización en Galicia (Carmona), el campesinado en Gerona (Congost), el mayorazgo en Murcia (Pérez Picazo), los mineros en Asturias (García Piñeiro), los trabajadores en Jaén (Garrido), los obreros soñados en Asturias (Sierra), sin que falte información menor para otros títulos publicados el mismo año sobre la conflictividad social en Córdoba (Barragán), los anarquistas en Andalucía (Maurice), el franquismo en Cataluña (Caminal), el

París, 1991, o M. WINOCK (dir): *Historie de l'extreme droite en France*, Seuil, París, 1993; ni exposiciones y explicaciones generales sobre asuntos, bastante investigados ya en el caso español, que en Gran Bretaña producen libros como los de R. ALASTAIR: *Social Classes and Social Relations in Britain 1850-1914*, Macmillan, Londres, 1992; A. THORPE: *A History of British Labour Party*, (hasta 1992); M. SAVAGE y A. MILES: *The Remaking of the British Working Class 1840-1940*, 1994 o H. AMSTRONG: *A History of British Trade Unions since 1889*, 3 vols., 1994, 1.500 pp.

10. J. PRO RUIZ: «Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia», *La Historia a Debate*, Vol. III, Santiago de Compostela, 1995, pp. 59 ss.

integrista en Cataluña (Martí), cuneros y caciques en Alicante (Forner), la república y la guerra civil en el País Vasco (De La Granja), el cambio social en Guipúzcoa (Luengo)...¹¹

El volumen correspondiente al último trimestre de "Historia Económica", revista no menos inmune a condicionamientos locales o territoriales, selecciona para ser recensionados libros sobre la burguesía mercantil en Santander, vivir y morir en las minas de Vizcaya, el Sexenio Democrático en Linares, la burguesía comercial en Valencia y la remolacha y el azúcar en el Duero.

A donde quiera que se dirija la vista la mirada se tropieza con la misma realidad, tan tozuda como voluminosa. Los últimos números del "Noticiero de Historia Agraria" presentan artículos sobre tecnología agrícola en Valencia, ganadería en Cantabria, tierras concejiles en la Baja Extremadura, montes públicos y poder local en Galicia, transformaciones agrarias y poderes locales en la alta Andalucía, rendimientos cerealícolas en Cataluña, viticultura navarra..., mientras que se recensionan libros sobre el aguardiente en Cataluña, el servicio doméstico en Madrid, los montes públicos en la Rioja, o se informa sobre tesis de doctorado y de licenciatura recientemente leídas sobre diversos aspectos en Almedralejo, Daroca, Cuenca, Galicia, Cádiz, Andalucía, Lérida, Badajoz, La Coruña, Segovia y las Marismas del Guadalquivir; un buen viaje por la geografía española que resultaría aún más completo si cartografiáramos la exhaustiva información sobre lo publicado en 1993 compuesta por casi 500 entradas de libros y artículos de los que sólo 75 se ocupan de temas generales, mientras que 89 atienden a la zona norte de Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco y Navarra, 75 tratan temas de Madrid, Aragón, La Rioja y las dos Castillas, 112 organizan la información sobre Extremadura, Andalucía y Canarias y 120 lo hacen sobre territorios de Valencia, Baleares y Cataluña¹².

Estas muestras proceden de lo que hemos calificado como lugares principales de la producción historiográfica española, y no de consejerías de cultura más o menos activas, de remotos servicios de cultura de diputaciones y ayuntamientos, o de innumerables y beneméritos centros de estudios locales, todos los cuales acarrearían al conjunto un volumen de material que lo haría todavía más inabordable. En la selección que llega filtrada a las plataformas historiográficas nacionales no falta, por lo común, la preocupación por los aspectos generales, el establecimiento y la verificación de hipótesis, el análisis comparativo, la planificación de los

11. Rev. *Ayer*, nº 2, 1991, ed. BORJA DE RIQUER. *La historia en 1991*. A. MORALES ed., nº 6 (1992) comenta 25 títulos cuyo ámbito de estudio es el de una comunidad autónoma, 17 investigaciones de marco provincial y 16 análisis locales. Independientemente de los diversos enfoques e intereses de los coordinadores de estos volúmenes se impone la fortaleza de la investigación regional local. La selección bibliográfica de 1994 incluye dos historias de Madrid, la reforma agraria en Córdoba, las relaciones de Asturias con Cuba en 1898, caciques y campesinos en Granada, trabajadores en el País Vasco, elecciones en Soria durante el reinado de Isabel II, la Liga Católica en Sevilla, la Primera República en Cádiz, la guerra civil en La Serena, las elecciones republicanas en Guipúzcoa, la Dictadura de Primo de Rivera en la Rioja...

12. *Historia Económica*, 2, 1995; *Noticiero de Historia Agraria*, números 9 y 10, correspondientes a 1995.

temas de investigación, sistemas de selección de originales, como tampoco faltan en una revista como "Historia Social", que procura lograr un equilibrio entre la recuperación y la transmisión a la comunidad historiográfica española de los principales debates europeos y la atención a los desarrollos más recientes de la historia social en España, la cual lleva obligadamente a la publicación de textos sobre microhistorias de comunidades asturianas, lobbys vizcaínos, gañanías gaditanas, mujeres trabajadoras en Sevilla, ugetistas valencianos, campesinos de Jerez, huelgas en Madrid o represión en Galicia.

La explicación de esta característica, fuerte y pesada, de la historiografía profesional española conduce a una pregunta: ¿la eclosión del análisis histórico construido sobre marcos regionales/locales procede de causas y razones de carácter historiográfico, o se debe más a la ya larga coyuntura política que acompaña a la incierta ordenación del estado español e invita a multiplicar *ad infinitum* los factores diferenciales políticos de un presente que tienden naturalmente a dotarse de una legitimación historicista? La pregunta es clave y la respuesta ha de ser necesariamente compleja, pues ha de acabar integrando ambos tipos de causas.

Conviene plantearse por separado los dos tipos de motivaciones, los historiográficos y los políticos, a los que podríamos calificar como "presentismos historicistas". Pues no faltan razones procedentes de la dinámica historiográfica general para explicar las enormes cosechas de historia regional que los investigadores españoles vienen recogiendo. La delimitación espacial, local o regional, del objeto de análisis histórico comenzó a ocupar un espacio progresivamente mayor en la historiografía europea a partir de los años sesenta. La influencia *annalista*, sobre fuertes tradiciones de erudición positivista y localista, y la reacción contra la historia política de los estados y de sus relaciones internacionales, produjeron una *Histoire Regionale* o *Landesgeschichte* tan nutrida como renovada metodológicamente¹³.

En España lo tardío de la influencia *annalista*, así como el relativamente tardío proceso de institucionalización en el marco universitario, vinieron a coincidir con la recepción de nuevas corrientes historiográficas, también con una historia social británica que privilegiaba el análisis de sociedades concretas sobre la cada vez más lejana centralidad historiográfica del marco político estatal. A la vez que se comenzaban a explorar, con atraso, territorios temáticos pendientes se producía una recepción, más o menos ordenada y eficaz, de métodos de historia económica y de historia social que justificaban con buenos ejemplos europeos la eficacia de análisis históricos ajustados a un territorio o comarca. Todo el

13. J.J. CARRERAS: «La regionalización de la historiografía: *histoire regionale*, *Landesgeschichte* e *Historia regional*», en *Encuentro sobre historia contemporánea de las tierras turolenses*, Teruel, 1986, pp. 19 ss. Recoge el dato de que en fecha tan lejana como 1969, de las 639 tesis registradas en Francia para historia contemporánea, 320 se referían a una región, departamento territorial francés. En el mismo volumen, y en la misma fecha, G. PASAMAR e I. PEIRÓ escribían, reflexionando críticamente sobre los peligros de la historia regional, que *confundir meros límites geográficos con visiones ontologizantes... conduce a la confusión entre objeto científico y categorías historiográficas*, *Historia nacional e historia local: problemas epistemológicos y práctica social en España*, p. 42.

proceso coincidía además con la democratización de la sociedad española y la reorganización política y territorial de su estado, con los albores del Estado de las autonomías¹⁴.

La historiografía española, a la vez que se renovaba y recibía la influencia de nuevas corrientes historiográficas, reaccionaba con argumentos añadidos a los propiamente historiográficos, dando contundente respuesta a la visión que del estado, la nación y el nacionalismo español dejaba la herencia del franquismo, el más nefasto propagandista del nacionalismo español que imaginar se pueda. Pero ya han pasado veinte años, y la historiografía española no ha hecho sino profundizar su vocación por unas investigaciones en las que la regla y el cartabón prioritarios siguen siendo una delimitación espacial de marco reducido, cuando ya ha dejado de tener sentido combatir culturalmente el nacionalismo español conservador, integrista y católico imperial¹⁵.

De modo que se puede sostener que tanto el origen de la tendencia a la investigación histórica de carácter regional y local, como su persistencia e incluso constante expansión, tienen causas y explicaciones de carácter historiográfico; no puede ser despachada sin más como un producto de la “balcanización” política, institucional y universitaria, de las diversas estaciones de “federalismo asimétrico” o de “federalismo competitivo” por las que circulan los diversos vagones del tren autonómico. Hay razones para entender que el acusado sesgo temático y metodológico de los estudios históricos durante los años ochenta deben más a una praxis historiográfica cuyas características teóricas y metodológicas exigen marcos reducidos de análisis que a una simple y elemental legitimación de unos regionalismos políticos no muy pujantes, o de unos nacionalismos políticos que tampoco acaban por ser claramente mayoritarios en sus propios ámbitos.

Lo cual no quiere decir que no existan manifestaciones de un presentismo historicista orientado políticamente desde afirmaciones regionalistas y nacionalistas; también parte de la historiografía regional/local, aquella que está liberada de estas

14. En la segunda mitad de los setenta son frecuentes los congresos regionales de historia (Valencia, Andalucía, Mallorca, Extremadura, Aragón) que solían consistir en unos programas voluntaristas que acompañaban a unos estados de la cuestión ciertamente magros. Un buen reflejo de esta situación se puede encontrar en E. FERNÁNDEZ y C. FORCADELL: «El estado de la cuestión en historia regional y local», y en los informes regionales que acompañan al texto, *Historiografía española contemporánea*, M. TUÑÓN ed., Madrid, 1980, pp. 449-498. Poco más tarde un balance efectuado por J. BERAMENDI, advertía que los años de mayor producción historiográfica sobre temas regionales habían sido 1977 y 1978, el centro de la transición política (*Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984).

15. A pesar de lo cual hay que reconocer que la sombra del franquismo es más que alargada. Los nacionalismos minoritarios europeos, de Córcega a Croacia, pasando por Bretaña o Lituania se han caracterizado por unas raíces y una dimensión conservadoras, tanto que pudieron coquetear, y algo más, con el ocupante nazi en los años cuarenta, por lo cual llevan cincuenta años intentando lavarse esta mancha original. La guerra civil y el franquismo, por el contrario, les han proporcionado a los nacionalismos políticos catalán, vasco y gallego la mejor patente de legitimidad democrática, los hizo democráticos e hizo verosímiles sus mitos sobre la ocupación y opresión originarias. El lenguaje todavía es un agente revelador de esta larga sombra del franquismo, pues casi nadie en su sano juicio se define asimismo como “españolista”, término que sigue teniendo connotaciones negativas, mientras que una autopercepción como “catalanista”, o “aragonesista”, o “galleguista”, está libre de mácula semántica.

servidumbres, desemboca con frecuencia en una acumulación de datos bien cercana a la erudición positivista, lo cual exige una asunción crítica de la misma. Retornar a un historicismo centrado en las “peculiaridades”, negador de todo método que opere con supuestos generalizadores y afirmador de la individualidad de cada nación, descompuesta y fragmentada ahora en territorios que se pretenden tan diferentes hoy como ayer, o recaer en el acopio positivista de hechos, supone volver al punto del partida contra el que se ha desplegado la renovación historiográfica a lo largo de este siglo¹⁶. En cualquier caso, la regionalización del objeto histórico en el terreno de la investigación no ha precisado de unas transformaciones —o incertidumbres— político territoriales como las experimentadas por la sociedad española para afirmarse y ocupar un espacio propio en la historiografía contemporaneísta europea; un balance de la abundante historiografía regional y local española desde 1980 debe más a estos motivos genéricos y compartidos que a la estricta presión “situacionista” de la competencia interterritorial. Sus limitaciones, o la reflexión crítica de que debe ser objeto, se encuentran más en el campo de juego historiográfico que en el político.

La historiografía territorial vasca es una de las que ha despegado y madurado con mayor rapidez, a partir de una situación, no tan lejana, en la que el País Vasco carecía de una mínima estructura de centros universitarios y de investigación. Quienes la practican, los historiadores vascos, no resultan muy proclives ni al nacionalismo político ni al historiográfico. Uno de sus exponentes sostiene que, a diferencia de Cataluña, en el País Vasco tanto el “frentepopulismo” como el nacionalismo historiográficos han tenido poco arraigo. Allí la historiografía más rigurosa se ha consolidado al margen del nacionalismo dominante y ha refutado sus planteamientos historicistas y míticos sobre el pasado del pueblo vasco¹⁷.

En Cataluña las cosas son algo más complicadas. No obstante algunos llamaron ya hace tiempo la atención sobre el hecho de que las reacciones contra el españolismo y el nacionalismo historiográficos habrían podido caer en las desviaciones que decían atacar: las mitificaciones, el idealismo y los planteamientos de carácter esencialista también estaban presentes en las diferentes historiografías nacionalistas y regionalistas¹⁸. La historiografía catalana ha sido pionera, por más

16. Si hubiera que ser nativo para hacer historia de Cataluña, de Galicia, de la Alta Andalucía, o del Bajo Aragón, nos encontraríamos en el mismo sitio del que parte SUÁREZ VERDEGUER cuando afirma que *un católico practicante dispone, para comprender la profunda revolución que constituye el Cister, de unos medios que le están vedados a un ateo o a un agnóstico*; citado por JJ. CARRERAS: «El historicismo alemán», *Estudios sobre la historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, Madrid, 1981.

17. J.L. DE LA GRANJA: «La historiografía española reciente: un balance», en *La Historia a debate*, Tomo I, p. 304. Son, efectivamente, historiadores vascos, y no sin riesgo, los que han llevado a cabo una sistemática desmitificación y racionalización del imaginario histórico nacionalista, desde la historia política (J. CORCUERA), desde la historia de la literatura (J. JUARISTI: *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, 1987), desde la antropología (J. ARANZADI) etc. La ideología nacionalista, extramuros de la Universidad, ha generado *una literatura histórica apologética y victimista, en su mayoría extraacadémica y de poca entidad* (J.L. GRANJA).

18. B. DE RIQUER: «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», *Historia social*, nº 7, 1990, p. 108. En 1982 ya se reconstruían los orígenes de la historiografía catalana en el XIX, que *se vio forzada a establecer, con los mismos presupuestos que la españo-*

madura, en plantearse este tipo de problemas, tampoco ignorados en los últimos veinte años por la historia de la historiografía española, en la que a la altura de hoy es bastante difícil encontrar idealizaciones nacionalistas como si no hubiera corrido el agua desde los tiempos de don Modesto Lafuente, los posteriores de Menéndez Pidal, o los oprobiosos de la opereta nacional católica del franquismo.

A quienes advertían del peligro de que las historias nacionales catalanas resultaran ser meras parodias de la española, se les respondió desde las anónimas filas del catalanismo más fundamentalista con un panfleto que nombraba a los enemigos (B. de Riquer, Ucelay Da Cal, R. García Cárcel...) y les acusaba de estar al servicio del nacionalismo español¹⁹. La plana mayor, y mayoritaria, de la historiografía catalana suscribió un documento en el que criticaban por “macartista” al anónimo libelo. El problema consiste en que tanto entre los condenados como entre los firmantes (Termes, Culla, Anguera...) que les apoyaban hay nombres que saben hacer compatible una historia razonada de Cataluña con su propia y personal conciencia nacional.

No es una polémica entre historiadores más catalanistas o menos catalanistas, sino, en la mayor parte de los casos, una confrontación entre dos maneras de entender tanto el nacionalismo catalán como la historia, una fundamentalista y otra laica, una que proyecta el nacionalismo sobre una comunidad imaginaria —como totalidad cultural dotada de una esencia ancestral—, lo que la coloca en la trasnochada vía historiográfica del historicismo en búsqueda del “espíritu del pueblo”, y otra más profesional, historiográficamente renovada y que entiende el hecho nacional como un producto histórico y social. P. Anguera se proclama provocadoramente republicano, marxista e independentista, exigiéndole de paso a Balcells que defina su modelo nacional, para el presente y para el pasado, concluyendo que «confondre l’anàlisi del passat amb la catequesi nacionalitzadora equival a confondre la feina de l’historiador con la del mesies». Borja de Riquer por su parte explica que «el centre de nostre estudi no ha d’esser “la Pàtria” sinò els problemes y els fenòmens històrics que afecten els col·lectius humans»²⁰.

la, las bases de un pasado histórico tan glorioso y patriótico como el español para legitimar las aspiraciones de catalanismo político, M. BARCELÓ, J. BORJA y UCELAY DA CAL: «Sobre la historiografía catalana», *L’Avenç*, nº 50, 1982.

19. El título del panfleto: *Henry Ucelay Da Cal i Borja de Riquer, historiadors al servei del nacionalisme espanyol*, 27 pp. firmadas como por casualidad un 18 de julio (1993). Entre *los catalanes o gente que habita Cataluña y trabaja por desnaturalizar su propio país (des Lerroux fins avui)* figuran muchos más, MARTÍNEZ SHAW, J.M. FRADERA, J.M. COLOMER y “ambiciosos de provincias” como J. CANAL, R. FERNÁNDEZ, P. ANGUERA.

20. El manifiesto de apoyo de los historiadores catalanes en *El País*, edición catalana, 2 de diciembre de 1993. El artículo de BALCELLS a que se hace referencia en *L’Avenç*, nº 172: *La Història de Catalunya y la tesi de la neutralitat nacional*. Los textos de P. ANGUERA y B. DE RIQUER en el nº 175 de la misma revista, noviembre de 1993, dossier sobre “El fruit de la discòrdia. Sis raons sobre la Història”. Hay dos concepciones enfrentadas del hecho nacional, una de origen germánico (Blut und Boden) para la que existen grupos étnicos con derechos colectivos preexistentes y otra de raíz francesa, en la que las naciones son un producto político del tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal; vid. “Introducción” en J.G. BERAMENDI, R. MAIZ, X.M. NÚÑEZ (Eds.): *Nationalism in Europe. Past and Present*,

En la historiografía nacional española una polémica de este tipo resulta extraña y bastante excéntrica; ello se debe a la ausencia de enemigo a combatir desde la historiografía profesional pues no hay ya mito nacionalista que combatir, ni abundan los síntomas de que se contemple la nación española como algo intemporal —o tan lejano en 12 siglos como la Marca Hispánica—, ni vestigios de que nadie se empeñe en reconstruir particularismos étnicos o culturales. No se ve en el horizonte, ni siquiera en el de la política o el pensamiento conservadores, ninguna historia nacional teologizada que invente y mitifique algo que nunca existió, como tampoco se otea ahora ninguna versión monopolizadora, que sí que existió, del nacionalismo español. El nacionalismo español ha abdicado hace mucho de todo fundamento ideológico. Se ha hecho laico²¹. La progresiva especialización temática y espacial de la historiografía convierte en recuerdos históricos, no menos excéntricos, las especulaciones sobre “la idea de España” a que tan aficionados fueron nuestros antecesores durante la primera mitad del siglo XX.

Pero incluso depurada de las deformaciones que el regionalismo o nacionalismo político comportan por lo común, la historia regional es objeto de valoraciones diferentes, que van desde el énfasis en destacar sus limitaciones a la justificación teórica de sus virtualidades. Hay una visión pesimista que resalta los inconvenientes del desafortunado localismo que nos invade, o el excesivo predominio de las incitaciones coyunturales y conmemorativas a temas de historia local y regional, insistiendo razonablemente en que la configuración de la sociedad capitalista industrial es inimaginable sin la formación de clases nacionales, o que el excesivo sesgo hacia el ámbito local/regional ha acabado por dejar los temas claves en relación con el Estado o con los procesos de nacionalización y socialización en manos de politólogos y sociólogos. Se critican aquellas monografías regionales que no reflejan más que un eco desvaído de procesos sociales o políticos generales, así como el riesgo de que acaben cumpliendo la función que caracterizaba a la erudición localista y positivista tradicional, quizá con más pre-

2 vols., Santiago de Compostela, 1994. Sólo desde una capacidad de juicio tan escasa como deformada se pueden encontrar virus españolistas en historiadores como los citados; vid. a título de ejemplo, el artículo de B. DE RIQUER sobre «L'imposició del model centralista a la Catalunya del XIX o la frustració democràtica, civilista i federal» (*L'Avenç*, nº 200, 1996) contra el que se puede argumentar que esa frustración no fue en absoluto específica de Cataluña —tenía más de social que de territorial— o el escaso éxito de P. ANGUERA en su búsqueda de “un cierto independentismo en Catalunya” durante el primer tercio del siglo XIX.

21. La cita en J. VARELA: «¿Quién teme al nacionalismo español?», *El País*, 19 de marzo de 1996 (al que le contestó en la misma tribuna, atribuyéndole un jacobinismo extremo, J. CULLA: *Carolingios y jacobinos*, 10 de mayo de 1996). Del mismo autor «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 12, 1994, monográfico dedicado a “Estudios sobre el nacionalismo español”. Hoy, desde la Constitución y desde el desarrollo político de los últimos veinte años no se puede identificar al nacionalismo español con la versión que va desde el integrismo de MENÉNDEZ PELAYO hasta el franquismo, y ni siquiera con el menendezpidaliano, al igual que no se puede identificar el nacionalismo democrático vasco con el racismo y antiliberalismo de Sabino Arana o al catalán con el conservadurismo de Torras y Bages o de Prat de la Riba. Si España ya no es una unidad de destino en lo universal parece ingenuo pensar que lo pueda ser alguna de sus sociedades, no menos pluriculturales y plurilingüísticas.

tensiones en cuanto a los temas estudiados, pero sin un alcance sustantivamente distinto. De este modo se llega a construir un puzzle de estudios sobre desamortización, procesos electorales, poderes locales, etc., pero no una suma que haga avanzar el conocimiento histórico en general. Esta visión crítica entiende que son escasos los ejemplos de historia hecha por autores que tienen muy en cuenta la historia general, que están preocupados por problemas teóricos, que utilizan metodologías interdisciplinarias y que acotan un ámbito concreto local para comprender y profundizar cuestiones más generales²².

Quienes practican y defienden al análisis histórico sobre espacios reducidos buscan justificaciones teóricas y, en todo caso, son más optimistas y entienden que no son tan escasos los ejemplos de historias regionales o locales con ambición teórico metodológica y eficacia heurística. Aquí, la legitimación de la práctica historiográfica se ha venido sustentando en dos tipos de argumentos, bien por la virtualidad de aportar un caso general a una teoría o explicación establecida, contrastando y verificando hipótesis generales, o por el hecho de que el marco reducido es la escala ideal para relacionar aspectos económicos, sociales, políticos y culturales²³.

Abundan los razonamientos sobre el hecho de que cuando las investigaciones históricas pretenden estudiar los fundamentos últimos de la organización y del cambio social, y su correlación con otras variables del comportamiento humano, los ámbitos espaciales se reducen extraordinariamente. Hay territorios históricos en los que la investigación ha de ser necesariamente de marco reducido, como el de la historia urbana o el de la historia agraria; esta obligada tradición de localismo explica que sean, por lo general, los ámbitos de investigación local que con más madurez introducen categorías historiográficas, hipótesis contrastadas y un comparativismo sistemático. La historia local es historia social sobre espacios reducidos y, en definitiva, el concepto de historia no cambia de naturaleza por causa de sus diferentes determinaciones temáticas y temporales, o espaciales, bella declaración teórica que no evita la necesidad de reflexionar críticamente sobre la explosión y continuada expansión de la historia regional y local, y sobre sus efectos en la situación actual de la historia contemporánea en España.

Ante el dato de la masiva estrategia investigadora hacia estudios de marco reducido habría que aplicar una criba, no tanto para eliminar nada, cuanto para

22. J. P. FUSI: *Introducción a España. Autonomías*, Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 17. Las ideas y entrecomillados anteriores en J. ÁLVAREZ JUNCO y SANTOS JULIÁ: «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en historia contemporánea», en *Tendencias en historia*, Madrid, CSIC, 1988. La introversión de la historiografía española, unida a la fascinación por lo local y la endogamia universitaria, refuerzan la negativa crítica de que es objeto la fragmentación espacial del objeto histórico.

23. P. IRADIEL: «Història local i història general entre política i cultura del territori», en *L'Espai viscut*, Valencia, 1989, p. 57: *en ambos casos..., como caso particular de la teoría, o como historia total localizada que analiza y relaciona todos los fenómenos... se admite que la dimensión local es la que mejor permite una historia integral razonada*. P. RUIZ ensaya en el mismo volumen una de las primeras aproximaciones entre *Microhistòria e història local* y expone una visión optimista fundamentada en ejemplos de investigaciones locales que aproxima a la práctica historiográfica de la "microhistoria". Estas posiciones se encuentran más desarrolladas y sistematizadas en los 6 números publicados desde 1993 en la revista *Taller de Historia*, editada en Valencia por el Centre d'Estudis d'Història Local.

distinguir una producción historiográfica local o regional que no rebasa los hábitos y métodos positivistas recolectores de datos y de material empírico en bruto, de presentar y comentar fuentes en ocasiones, como ya predicaban y hacían los historiadores locales de principios de siglo, quienes se consideraban los legítimos practicantes de la historia local y destacaban la bondad y novedad de su método, apegado a las fuentes y a su crítica, frente a las divagaciones místico religiosas de los monjes y clérigos con anterioridad a las primeras muestras de profesionalidad histórica; habría que separar también las manifestaciones más ingenuas de la militancia nacionalista o regionalista enfocadas a legitimar pasados inventados de comunidades imaginarias; después de la criba quedaría esa historia local fecundada por variados métodos, teorías y prácticas de la historia social²⁴.

El tamaño de esta producción histórica, una vez aplicado el doble cedazo para eliminar las muestras más elementales de los, tan antiguos como criticados, historicismo y positivismo, dista bastante de ser escaso. Algunos de sus practicantes, aquellos que más preocupaciones teóricas y metodológicas manifiestan, han intentado una aproximación a la práctica historiográfica y a las justificaciones de la microhistoria y han promovido su recepción en España²⁵.

El desarrollo de la más consistente y ambiciosa historiografía española de ámbito local y regional a partir de la década de los ochenta sigue su propio camino, diferente y ajeno al del éxito de la microhistoria italiana desde los años setenta, pero tiene las mismas raíces y llega a resultados parecidos. Arranca también de la crisis, más tardía, de los grandes paradigmas historiográficos, marxistas y annalistas, y de las erróneas predicciones de los imprevisibles comportamientos sociales y políticos a que habían llevado; tampoco sería difícil encontrar que sus mejores exponentes hundían sus raíces en el marxismo y tenían una orientación política de izquierda (Levi), como los microhistoriadores italianos, o que rechazaban el relativismo, el irracionalismo, el *pensiero débole*... etc.

Las tradiciones historiográficas sobre las que se asentaban las investigaciones sobre espacios progresivamente reducidos que más vitalidad mostraban tampoco eran diferentes, aunque había que buscarlas en el exterior: la historiografía social británica y también la francesa, que en el contemporaneísmo se remitía mejor a autores marginales de la escuela annalista, como Labrousse, Vilar, o un Lefebvre, del que no hay que olvidar que, ocupado desde 1948 en problemas relativos al campesinado, acabó encontrando en un valle pirenaico el centro de aplicación de sus reflexiones²⁶.

24. En expresión de J. CASANOVA: «Història local, història social i microhistòria», en *Taller d'Història*, nº 6, 1995, p. 3.

25. *Taller d'història* abrió su primer número (1993) con el canónico artículo de G. LEVI: *Sobre la microhistòria*, que se publicaba simultáneamente en P. BURKE: *Formas de hacer historia*, Alianza Ed., Madrid, 1994. También en 1993 se publicaban el libro de AGIRREAZKUÉNAGA y URQUIJO (eds.): *Storia locale e microhistoria: due visioni in confronto*, UPV, Bilbao, y el artículo de J. SERNA y A. PONS: «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Rev. Ayer*, nº 12.

26. Su objetivo era, en sus propias palabras, *acompañar y apoyar una investigación a escala planetaria sobre la reforma agraria (...), investigación cuya base teórica se sitúa en la teoría marxista de la renta de la tierra*, «Perspectives de la Sociologie rurale», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, nº 14, 1953.

La nutrida producción de historia local en España se ha desarrollado sin necesidad de definirse y bautizarse como “microhistoria”, pero coincide en buena medida, por sus orígenes, por sus temas, por sus pretensiones teóricas y metodológicas, con una rama o versión de la microhistoria italiana. Mérito del artículo de Pons y Serna ha sido el diferenciar dos diferentes raíces y desarrollos de la microhistoria italiana, ocultada una de ellas por el éxito de las investigaciones y de las propuestas de C. Ginzburg, que disponen de una obra de referencia clásica y de una muy específica teorización posterior. Ginzburg recurre a documentos excepcionales para descubrir factores anteriormente no observados e invisibles y, desde estos presupuestos el principio unificador de toda investigación microhistórica sería la creencia de que la observación microscópica revelará factores anteriormente no observados²⁷.

Otras propuestas de aplicación del microanálisis a la investigación histórica, en la misma Italia, son ligeramente anteriores y ofrecen una fundamentación y un desarrollo diferentes. El modernista Grendi, formado en la London School y difusor de E.P. Thompson en Italia, postula la virtualidad de la perspectiva micro desde una recepción de las ciencias sociales, trasladando a la historia nuevos planteamientos microanalíticos procedentes de la economía y de la antropología. El utillaje está compuesto ahora por los mismos conceptos de las ciencias sociales contrastados mediante una radical reducción de la escala de observación, y la historia local, de barrio, de aldea o de comunidad que se construye es un tipo de historia que se propone relacionar los individuos y los grupos con las estructuras y con los procesos sociales, un tipo de historia local que, de este modo, no se apartaría del marco histórico general de las teorías y de los procesos sociales²⁸. La mejor historia local que se ha elaborado en España tiene muchos elementos comunes con esta línea de microanálisis histórico y se ha desplegado autónomamente sin remitirse especialmente a esta versión de la microhistoria italiana, hasta ahora, en que parece reconocerse con ella más de una coincidencia.

Y se ha desarrollado más en los estudios de historia agraria porque ha estado más extendida la influencia, a través de la historia económica, de un microanálisis que además tenía la virtud y el objetivo de poner en cuestión las certezas de la teoría neoclásica aplicadas retrospectivamente al conjunto del proceso histórico. La influencia de teoría y métodos antropológicos es menos visible en la historiografía española. En ambos casos importa más el método que el objeto espa-

27. La obra de impacto *El queso y los gusanos* (1976), Muchnik eds., Barcelona, 1981; la teorización posterior en *Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciuales*. “Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia”, Barcelona, Gedisa, 1989. Aunque PONS y SERNA despachan rápidamente el “paradigma indiciario” de GINZBURG, considerando a su autor como un caso o modelo irrepetible, sus propuestas dependen muy directamente de los objetivos de su investigación, que es una historia cultural de las clases subalternas en la edad moderna, las cuáles sólo muy excepcionalmente dejan testimonios, vid. C. GINZBURG y C. PONI: «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», *Historia social*, nº 10, 1991, p. 69.

28. P. RUIZ TORRES: «Algunas reflexiones sobre el análisis local y la historia», en *Actes del I Congrés Internacional d'història local de Catalunya*, Barcelona, 1993.

cial analizado, pues el objetivo se centra en esa comunidad para descubrir un proceso social que al cabo la trasciende²⁹. La contundente expresión de Geertz *los antropólogos no estudian aldeas..., estudian en las aldeas*, ha podido ser traducida por Levi en *gli storici non studiano i villaggi, studiano nei villaggi*.

La cuestión es que las monografías más rigurosas elaboradas por la creciente investigación histórica española sobre espacios reducidos se encajan con facilidad en esta perspectiva, tanto desde el punto de vista del método como desde la perspectiva de la fundamentación teórica. Desde hace algunos años vienen apareciendo interesantes trabajos de historia local que, sin necesidad de autodefinirse como microhistóricos, enlazan con preocupaciones metodológicas y con hipótesis sólidas, muy emparentadas con las de la acepción italiana de la microhistoria.

La historiografía española está aportando importantes estudios para el análisis de los mercados imperfectos del crédito o de la tierra, para lo cual ha debido reconstruir mediante la observación microscópica su funcionamiento concreto, muy diferente de lo que el razonamiento deductivo a partir de las generalizaciones interpretativas establecía³⁰. Lo habitual en este tipo de historiografía es corregir generalizaciones establecidas, que con el tiempo pueden llegar a convertirse en tópicos, a través del microanálisis histórico y proponer a la vez otras explicaciones generales: no defendemos la vuelta a un empirismo, ni consideramos la historia local o microhistoria como las únicas metodologías adecuadas para avanzar en nuestro conocimiento histórico. Consideramos que las explicaciones de los grandes procesos sociales y económicos constituyen un objetivo irrenunciable del trabajo de un historiador³¹.

Los organizadores del VIII Congreso de Historia Agraria previsto para mayo de 1997 en Salamanca proponen temas generales como “los condicionantes del nivel de vida del campesinado”, recomendando para su estudio fuentes como cartillas evaluatorias de pueblos concretos o documentación notarial muy precisa, lo que conduce necesariamente al microanálisis; la misma función se pide a las contabilidades privadas para la sección que se ocupa de “La estrategia de los señores

29. J. SERNA, A. PONS, *artículo citado*, p. 132.

30. Vid. D. GALLEGO: «Precios y circulación del excedente en las economías rurales: una aproximación analítica», *Noticario de Historia Agraria*, n° 3, 1992. El objeto histórico de la reciente tesis doctoral de A. SABIO (1995, Universidad de Zaragoza) es la primera parte del título, *Relaciones de propiedad, mercados agrarios y poder local en la sociedad rural aragonesa*; la segunda define el escenario y la cronología: *la agricultura cerealista en las cinco Villas 1850-1930*; la elección de esta comarca y no de otra se debió a sumar disponibilidad de fuentes para desarrollar el objetivo de la investigación; una parte de la misma está pendiente de publicación por el Servicio de Estudios del Banco de España: *Los mercados informales de crédito y tierra en una comunidad rural aragonesa 1850-1930*. Aportación central de uno de los emblemas de la microhistoria italiana, *La herencia inmaterial*, Madrid, 1990, consistía, entre otras cosas, en la observación de cómo el precio de la tierra variaba según la relación de parentesco de las partes contratantes en el Piamonte del siglo XVII.

31. Estas afirmaciones preceden a un estudio de contabilidades agrarias: R. GARRABOU, E. SAGUER, P. SALA: *Formas de gestión patrimonial y evolución de la renta a partir del análisis de contabilidades agrarias: los patrimonios del marqués de Sentmenat en el Vallés y en Urgell (1827-1917)*, y los resultados de la investigación ponen en cuestión *determinadas aproximaciones de carácter macroeconómico* que no son consideradas como la vía más fecunda para estudiar la evolución de la agricultura española.

y de los propietarios en la explotación y cesión de la tierra". No es el de la historia agraria el único territorio en el que la historia local o el análisis de un territorio (comarca, provincia, región) se lleva a cabo desde estos presupuestos. Encontraríamos perspectivas y estrategias similares en temas de carácter social o político; numerosas investigaciones sobre relaciones sociales, poderes locales, comportamientos políticos, conflictividad social, para la sociedad española de la Restauración (Valencia, Andalucía, Galicia...) cuestionan radicalmente las explicaciones generales heredadas, aunque existen dificultades para sustituirlas por otros y distintos marcos explicativos generales contruidos desde un abundante, nuevo y disperso material empírico, así como desde los nuevos presupuestos teóricos y metodológicos que lo organizan.

Y aquí precisamente radica uno de los problemas de la actual situación de la historiografía española, la ausencia de síntesis o el temor y falta de atrevimiento para emprender síntesis explicativas e interpretativas de diverso alcance. Los dos ejes del desarrollo historiográfico reciente que hemos seguido hasta aquí conducen a esta carencia y hacen de ella una de las características más específicas de la investigación histórica actual en nuestro país. La historiografía contemporánea española ya ha iniciado un proceso de diversificación y especialización temática y metodológica, con los consiguientes peligros de fragmentación y de compartimentación del objeto histórico ya experimentados y advertidos desde otras historiografías vecinas, y con las consiguientes dificultades para posibilitar nuevas síntesis acordes con ese desarrollo.

Todavía más marcada y más característica es la tendencia de la investigación a focalizarse sobre distintos espacios de variada extensión, desde una contabilidad privada hasta una comarca o una región, y más fuertes son, consecuentemente, los obstáculos para estructurar y generalizar los avances que las mejores muestras de esta práctica historiográfica han logrado. La historia regional y local sigue avanzando y las viejas síntesis quedan cada vez más lejos sin que nadie se atreva a sustituirlas, a pesar de que son frecuentes los llamamientos a no renunciar a la renovación de las mismas. Aquí habría que reencontrar el marco nacional, que si no es el único legítimo para el conocimiento histórico, como es suficientemente sabido, tampoco puede faltar en el horizonte del contemporaneísmo, e incluso puede llegar a ser el más legítimo para determinados temas, desde la industrialización, urbanización o formación de clases hasta la construcción de referentes políticos, ideológicos y culturales comunes.

Llegados a este punto se puede advertir hoy que las diferencias más notables con la historiografía británica, alemana, francesa o italiana, se encuentran en esa carencia de síntesis generales, todo lo provisionales y revisables que se quiera, de esa acrecida producción histórica, en la ausencia o escasez de sistemas estructurantes de los conocimientos que el cultivo de parcelas temáticas, metodológicas, de enfoque, o, muy singularmente, espaciales, van suministrando. Va siendo hora de abordarlas, desde la constatación de que es una práctica habitual en unas historiografías europeas que disponen de una mayor especialización temática y de una mayor pluralidad de enfoques, y de unas no menos nutridas y voluminosas tradiciones de historia regional y local. Es una vía por la que posiblemente transi-

tará el inmediato futuro, si se quiere que la historiografía española se homologue comunitariamente entrando en las estrategias comparativas de grandes procesos, y si se quiere interesar e implicar a la sociedad de un modo accesible e inteligible para la mayoría.